

# Frete libertario

Madrid, 11 diciembre de 1938

Editado por el Comité de Defensa Confederal, del Centro, Serrano, 111

NUMERO 651

Comenzaremos explicando la razón de escribir en latín nuestro título de hoy; es sencillamente para que nos entiendan hasta los que presumen de cultos; y al mismo tiempo para que la evocación de las palabras que habitualmente siguen al "memento" de los miércoles de ceniza, haga recordar a aquellos a quienes dirigimos estas líneas lo efímero de las vanidades terrestres, lo mudable de las opiniones y, sobre todo, la necesidad de que guarden silencio quienes no supieron hablar en las horas decisivas...

El 18 de julio de 1936 sorprendió profundamente a muchas gentes; y ninguna de estas era, ciertamente, proletaria. Los trabajadores sabían bien cuál era la dura y trágica realidad que se avecinaba; habían percibido, más aún en su piel que en sus pensamientos, los clarines iniciales de la contienda en que había de decidirse su destino; velaban desde hacía varias noches, rondaban en grupos decididos a todos los heroísmos los lugares en los cuales sabían que se fraguaba la rebelión; su contacto de codos se había hecho intenso y se habían renovado las promesas tácitas que se hicieran ante sus propias conciencias, de luchar con toda su fuerza, con toda su energía, contra el egoísmo irrazonable de los privilegiados que no eran capaces de avenirse a sacrificar el más pequeño de sus bienestar en aras de la fraternidad y de la vida digna de todos, absolutamente de todos los españoles.

Los trabajadores estaban alerta. No así otros muchos sectores de la opinión de izquierda española que abrió los ojos a consecuencia del estampido de los primeros disparos. Cuando el 19 de julio salieron a la calle, mucho antes de lo que en ellos era habitual, encontraron el ambiente de España cambiado. Los hombres de "mono" --de "mono" de siempre-- no caminaban con la parsimonia del que se dirige al trabajo, sino con el brío enfebrecido de quien busca la lucha. Vivieron horas intensas. Se convencieron de que la pujanza del proletariado español superaba en gran medida su energía contemplativa y puramente dialéctica.

## Visado por la censura

La incógnita se resolvió pronto. El proletariado triunfo en amplias zonas, aseguró su dominio en importantes regiones y en las más populosas ciudades de toda España. Entonces ya había llegado el momento de estrenar el "mono"; y conservando éste todavía las arrugas del paquete en que fuera envuelto para llevarlo desde el taller a la casa del nuevo "proletario" que había de vestirlo, seguramente para escribir a máquina o para dialogar cómodamente sentado en una tertulia de

## "MEMENTO, HOMO..."

amigos, hizo su primera salida quien acababa de pasar unos días de previsor aislamiento.

Una vez en la calle, las cosas adquirieron nuevo brillo; más tangible, más real, más cálido el contacto con el pueblo español, un cierto estremecimiento --mitad satisfacción, mitad temor-- recorrió su piel. No en balde ellos habían sido los primeros en defender, hace muchos años, la libertad, y con ella la República... Pero, ¡ay!, que no en balde tampoco había en sus vidas pasadas algo que rimaba mal con el tono rotundo de nuestros héroes más entrañables.

Pasaron días; pasó con ellos la fiebre de las primeras jornadas; se estabilizó la contienda, y quienes tenían que buscar en el pasado la garantía de su presente, comenzaron a mirar al pasado; cada vez con más insistencia, ca-

da vez con mayor anhelo de retorno. Y así, lentamente, poco a poco, sustituyeron las alpargatas por los zapatos, el "mono" por la cazadora y los pantalones de montar, y después, éstos y aquella, por el traje normalmente cortado y planchado que el turbión de julio había relegado a un lugar relativamente escondido en el más alejado armario de la casa. Los "proletarios" volvieron a ser ciudadanos. ¡Victorial Hoy, después de muchos días, de muchos meses de sacrificios, de heroísmos, de sufrimientos y de dolores del pueblo --fijense bien! del pueblo--, parece que no faltan los que están dispuestos a cepillar el sombrero flexible... y volver a la propaganda política hecha desde tribunas bien guateadas y provistas de excelentes mesas de impoluta superficie.

En estas condiciones nos encontra-

mos hoy. Y después de aclarar que hemos buscado el rímil de la indumentaria, no porque nosotros prestemos a ella la menor atención, sino porque comenzaron por prestársela aquellos a quienes dirigimos estas líneas, y de afirmar asimismo que éstas van escritas con un sincero deseo de cordialidad, en el que no existe sombra de afán polémico, hemos de decir que estimamos que ante todo deben respetarse los conceptos fundamentales por los que el pueblo ha luchado con tanto brío durante tanto tiempo.

Todos tienen, efectivamente, derecho a hacer su propaganda política; y de hacerla sujetándose a lo que ellos crean puede facilitar la solución de los graves problemas que la guerra nos plantea hoy y de aquellos otros, no menos graves, que la reconstrucción nos planteará mañana. Todos pueden también volver la vista al pasado, a su conducta pretérita, para encontrar en esta conducta y en los sacrificios y rectitudes que la misma contenga, la razón que explique sus derechos a hacerse oír en la actualidad. Pero tengan en cuenta que cuando se busca en la conducta pasada la razón que ha de garantizarnos hoy el respeto, no pueden crearse compartimentos estancos en el tiempo, no puede tomarse en consideración un lapso histórico más o menos largo, sino que debe tomarse en cuenta todo el tiempo transcurrido desde el día en que se comenzó a hablar hasta aquel en que se está hablando. Por ejemplo: desde abril de 1931 hasta el presente. Hay en ese período, en todo él, muchísimas cosas que recordar. Los trabajadores no las hemos olvidado...

Avengámonos, pues, todos, porque la hora así lo demanda, a buenas razones. Pero si viejas frases recuerdan "a Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César", que tampoco intenten nadie atribuirse éxitos que otros lograron, ni afirmar sus posiciones de hoy, y aun del mañana, sobre sacrificios que no fueron suyos. Hagan todos la propaganda que, ajustada a la ley, buenamente les convenga; pero vean, al mismo tiempo, la manera de no invadir la esfera que lógica y necesariamente corresponde a otros sectores que si hoy, porque la guerra lo exige, luchan a su lado, mañana, cuando la paz vuelva a nuestras tierras, militarán en campos bien distintos.

Así, pues, metidos en latines, recordando el miércoles de ceniza que sigue a los excesos del carnaval, que cada uno de los que vayan a hablar que todos los que vayan a escribir, piensen, antes de hacerlo en sentido que pueda molestar a quienes hoy defienden corrientes comunes intereses, en aquella liturgia de ceniza y reconocimiento de las propias faltas, y tengan presente, sinceramente, sentidamente, las palabras que la acompañan: "qui pulvis eris et in pulverem reverteris"; que polvo eres y en polvo te convertirás.

## Tres fechas

### Decíamos en 1936...

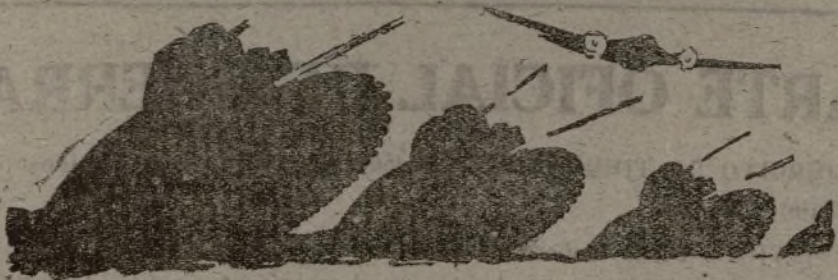
que el pueblo levantado en armas contra la traición de unos militares perjuros de profesión, era el único que tenía derecho a orientar su futuro, luego de vencer la traición.

### Decíamos en 1937...

que el pueblo, el sublime pueblo que con las armas en los frentes de lucha y con el estoicismo en los frentes del sufrimiento, resistía las acometidas de las fuerzas invasoras de nuestro país, era quien únicamente podía hablar de victoria y sacrificio.

### Decimos en 1938...

que el pueblo que durante dos años y medio ha sabido resistir los empujes brutales de un enemigo cruel, merced al coraje y la abnegación del Ejército, y a la serenidad y espíritu de sacrificio de los no combatientes, no admite, no puede admitir, más solución futura que la impuesta por su voluntad, templada fuertemente en un largo período de lucha y de sufrimientos.





# ¿COMO SERA LA RECONSTRUCCION ECONOMICA DE ESPAÑA?

Entre el fragor de los combates en que sucumben tantos productores de riqueza, suena ya como una explosión redentora, como un aliado más de la victoria popular, la regeneración, mejor aún, la nueva creación de la economía española, basada en la reconstrucción de todo lo que vandálicamente ha sido destruido por los elementos destructores de esta guerra. Por este motivo, no debe causar asombro el hecho de que al cabo de más de dos años de lucha se hable ya de cómo ha de ser la reconstrucción económica de la nacionalidad española.

Y si miramos al pasado nos confortará el espíritu el recuerdo de aquellos españoles de visión certera de la realidad de lo que debía ser la nueva patria después de los horrores de una guerra; certeras apreciaciones que jamás fueron alentadas para que se convirtieran en el instrumento poderoso que nos libraría del retraso en el concierto mundial del progreso; retraso en el que dolorosamente caímos por la incuria de quienes carecían de la visión social indispensable para tales empresas.

Hay deseo reconstructor, hay prisa por seguir precipitadamente los latidos de la civilización; pero cuando se escuchan las voces clamando por esa nueva economía, se perfila en ellas cierto deseo de enconar la pasión, olvidando la profunda labor que los trabajadores llevaron a cabo en toda la riqueza de nuestra zona, sin olvidar las obligaciones que imponía la guerra. Vuelve a renacer la atmósfera perniciosa en las alturas, exactamente igual que en el pasado,

rectificando las conquistas del proletariado, dando satisfacción e inyectando

Frente a esta tendencia retrógrada, al igual que hicieron los prohombres de la regeneración en el siglo pasado, que se opusieron al restablecimiento de lo viejo y caduco, la reconstrucción de España tiene su más firme puntal en los órganos creados por los obreros durante el fragor bélico. De la experiencia del pasado, las masas productoras, el pueblo en general, sacó la lección verídica que tomó fuerza de razón convincente en el desarrollo de los acontecimientos desde el 19 de julio de 1936, siguiendo la ruta victoriosa y de reconquista del poderío social que los Sindicatos le trazaron. Por tanto, los ejecutores de la nueva transformación fueron los órganos sindicales, lo mismo en las trincheras que en las labores de guerra de la retaguardia. Eran el nervio vital de las arterias nacionales que frente a las sacudidas del combate y al hundimiento de los resortes del Estado, levantaron todos los valores del país y encauzaron el moderno resurgir de la Economía. Poderoso instrumento de la revolución ansiada, el Sindicato cumplió la misión histórica que nadie le podrá regatear bajo ningún pretexto. No se convirtió en dictador absoluto, sino que, nacido del autonomismo que vigorizó y extendió el espíritu revolucionario, amplió la libertad de acción de sus componentes, dando por resultado el robustecimiento de su contenido eminentemente productor. Dejó de ser aquello que temía el compañero Gastón Levaly que apuntaba en su libro "Problemas económicos de la revolución española" (Edc. 1932), cuando decía:

"Concebimos el Sindicato director en la ciudad al principio de la revolución. Pero no eternamente. Porque el derecho sindical, si bien más justo que el derecho romano, es en el fondo un derecho bárbaro". Desapareció aquel temor en el seno de la pureza sindical, el órgano de combate contra la burguesía; el aglutinante del esfuerzo manumisor en las lides grandiosas del mejoramiento de la vida y del salario; el educador, en fin, del proletariado; la efígie superior para nosotros, EL SINDICATO, se hizo digno de la confianza que en él depositaron sus componentes, dejando libre paso a la nueva concepción económica que se nos acercaba, que alentaba ya en el seno de nuestra lucha y que no era otra que la Federación de Industria. He ahí sintetizada la meta final de la organización más firme en cuanto a los instrumentos indispensables para hacer frente a las grandes obras y empresas necesarias para poner en pie el valor de la riqueza de España en todos los órdenes del trabajo. Los Sindicatos se conocieron a sí mismos y desdoblado su personalidad, personalidad férrea, acometieron la tarea máxima dando vida, perfilando con amargo dolor, igual al dolor del país, esas Federaciones que son la savia, que son la esencia exquisita de lo que puede el genio creador del proletariado ibérico.

Con estos antecedentes que nos suministran los hechos vividos a través de la guerra, ¿cómo ha de ser la reconstrucción económica de España? ¿Ha de ser a base de una nueva institución semiburguesa de pequeños propietarios, de un individualismo cerrado e incómodo? ¿Ha de ser sobre el concepto que en toda Europa causó estragos y que se llama economía dirigida por empresarios y banqueros? ¿Ha de ser teniendo por máximo director la absorción estatal, el sistema totalitario que destruiría las energías de los productores cuando se convirtiera en un dios omnipotente, esclavizador, burócrata y único?

Para nosotros, trabajadores, y para el pueblo, no puede, no debe existir ni existe dilema ni interrogante en el hecho de lo que será nuestra postguerra en cuanto a cómo ha de ser la reconstrucción económica. Ya lo han dicho los obreros en su ingente y callada labor; lo están diciendo hoy con su capacitadora táctica de deshacer el equivoco, creado alrededor de sus órganos específicos de dirección. La reconstrucción de España ha de ser obra de los productores, del trabajo. Son las dos figuras sobrias para el presente; productores y trabajo, crearán riqueza, levantarán nuevamente el poderío de España en el consorcio industrial, agrícola y comercial. Y como ellos se purifican e incrementan en el seno de las Federaciones de Industrias, próximas a recibir el último toque que las situara como definitivos conductores de las energías del subsuelo y suelo español, jamás dejarán de perder ese sabor de lucha que les dio la vida guerrera del país. A su paso no podrán revivir los valores nulos de las finanzas y del sis-

tema político que aborrecen las avenidas de la nación y que ya parecen estar dispuestos a encubrirse en reencarnación vergonzosa.

El proletariado español conoce, desgraciadamente, esos manejos, y los conoce por sus obras. Ha estudiado en la fuente fidedigna de los grandes economistas, los grandes males de ese contubernio de sistemas que sólo sirven y servirán para apuntalar corta o largamente el santuario capitalista. Por eso el movimiento económico está en los medios de producción, alentado por el proletariado, alejado de esa tutela que únicamente produjo riquezas para muchos y hambre para el pueblo. Estamos penetrados ya de aquella ansiedad que tanto abrumó al compañero Juan Peiró cuando decía en un artículo en "Solidaridad Obrera", en el año 1937: "Es necesario saber lo que hacemos y relacionar ese hacer con lo que queremos". Y lo que no podemos olvidar, también, es que sabemos lo que quieren, lo que significa, eso que defienden los sostenedores de un nuevo Estado al margen de la capacidad de los trabajadores, debido a este concepto que nos hemos formado sobre el plano de lo más fundamental de un país, que es su economía, a la que no debe abandonar el proletariado, y que en otra ocasión examinaremos más detenidamente, hemos de recordar a todos la célebre frase del economista Lamennais, que decía en 1833, en su libro "Palabras de un creyente": "Frecuentemente, cuando el Estado cree que protege, aplasta".



## Daladier, olvidando su demagogia del 36, se apoya en la reacción contra el proletariado

Daladier está dispuesto a entregarse a la reacción. En su discurso de la Cámara ha vuelto a decir que no está preso de ningún partido o partidos, ni de persona alguna. Exactamente igual dijo a los dos días de la claudicación de Munich. Entonces sacrificó a Checoslovaquia; ahora ha sacrificado a las fuerzas de izquierda y a los trabajadores que le votaron, creyendo que su demagogia—aquella demagogia que suscitó entre esas derechas en que ahora se apoya los mayores denuestos, como pedir para él la barra de los delincuentes—era sentimiento revolucionario y transformador. Triste situación la de este político, inclinándose en Munich, superando la claudicación de Delbos en Ginebra, reconociendo el crimen etíope y ahora apoyándose en los enemigos de la Francia liberal y democrática, aceptando sus votos condicionados. Este político, tan revolucionario, ver-

balmente, para derribar de la presidencia de su Partido a Herriot, reprochándole toda suerte de complacencias con la derecha del Partido Radical y con los Reyhaud, para, olvidándose de todo esto, dar la espalda a todo signo de verdadero espíritu democrático, con tal de mantenerse en el Poder, no por su propia fuerza, sino porque los socialistas, engañados por este turiferario de las "doscientas familias" les arrancó sus votos, dándoles la sensación de que en Munich no había existido claudicación por parte de él, que la paz de Munich era el camino del verdadero apaciguamiento, así como que Hitler y Mussolini habían dado marcha atrás.

En Munich hubo la claudicación más vergonzosa; en la capital de Baviera se entregó al tirano alemán la muralla de defensa de toda una política defensiva, pacientemente levantada por Francia desde el armisticio, entregándole a Alemania la línea Maginot de la Europa Central, además de malquistarse con las pequeñas potencias, temerosas de que al sacrificio checo siguiera el yugoeslavo y el rumano, como antes se había hecho con Etiopía, con Austria y allí con la patria de Masaryk.

Este es el hombre que ha vuelto las espaldas a los que le votaron. Este es el hombre que llamaba excesivamente débil y transigente a Herriot, el hombre que reconoce a Victor Manuel III como emperador de Etiopía, para verse correspondido, dos días después, con los gritos irredentistas de "Queremos Córcega y Túnez!", prueba inconcusa de que el reconocimiento del Imperio italiano, además de una defección, fue una torpeza, superando todos los errores y claudicaciones cometidos por todos los Gobiernos de la derrota y la entrega, como el de Blum de la "no injerencia" y el Chautemps del remolcamento inglés.

Aquí tenemos la mejor réplica al reconocimiento hecho por Francia, demostrando lo estéril que fue esta humillación ante el fascismo imperial. Y con este antecedente, ahí está la declaración francoalemana, completamente inútil, aunque trate de explotarle el vencido de Munich. Alemania pide sus colonias, mientras Italia pide Córcega y Túnez, a la vez que la Prensa alemana dice estar de acuerdo con Italia, no sólo con respecto a este irredentismo repentino, sino hasta en lo referente a los territorios de Niza y la Saboya.

Con este fracaso repetido, con esta continuada entrega, es con lo que Daladier mantiene sus puntos de vista estatales—¡oh, influencias de Munich!—aplicando duramente las leyes republicanas a los trabajadores, con gran aplauso de las derechas, y así es como quiere incrementar el trabajo en fábricas y talleres: entorpeciendo la producción y sembrando el odio de clase entre los trabajadores, al lanzar a miles de éstos al pacto del odio y del hambre.

A esto ha quedado reducida la demagogia del hombre para el que las derechas pedían la barra; a mostrarse como un dictadorzuelo al dictado de la reacción de su país.

C. N. T. A. I. T.

FEDERACION LOCAL DE SINDICATOS UNICOS DE UBEDA

### Sección Defensa

Todos los compañeros de la Organización de Ubeda que se encuentren actualmente enrolados en el Ejército mandarán a la mayor brevedad la dirección de donde en la actualidad se encuentren, haciendo constar al mismo tiempo al reemplazo que pertenecen, cargo que desempeñan y profesión.

Por la Sección Defensa,

EL SECRETARIO.

S. U. de las I. del P. y A. G.—C. N. T.

## Ministerio de Defensa Nacional

### PARTE OFICIAL DE GUERRA

EJERCITO DE TIERRA.—Sin novedades importantes que consignar en los distintos frentes.

AVIACION.—En la mañana de hoy, cinco trimotores italianos, procedentes de su base de Mallorca, bombardearon el casco urbano y la zona portuaria de Barcelona.

Ayuntamiento de Madrid